

Comunicación y género como punto de partida

*Florencia Cremona, Delfina García Larocca
y Rocío Gariglio*

Introducción

Estas líneas son una síntesis de las clases que brindamos en el marco del seminario de posgrado: Transversalización de la perspectiva crítica de género en las políticas de ingreso universitario. La propuesta educativa fue una iniciativa de la Prosecretaría de Derechos Humanos de nuestra Universidad y se articuló desde distintos campos de saber, para aportar herramientas que contribuyan al ejercicio de la docencia atravesada por la perspectiva de género.

Ahora, y en ocasión de producir un material de lectura que recupere la experiencia, nos reunimos para revisar nuestras exposiciones. La clase significó la posibilidad de recuperar y revisar el trabajo que venimos desarrollando en las últimas décadas para construir una crítica de género a la comunicación a partir de la articulación de las teorías de género con el mencionado campo de la comunicación. También fue la oportunidad de exponer los debates, líneas y políticas que venimos llevando adelante desde nuestras prácticas institucionales y formativas para atravesar la docencia a la perspectiva de género.

La Facultad de Periodismo y Comunicación Social está trabajando y reflexionando en torno a la pregunta por las implicancias del género en el ámbito universitario y académico desde comienzos de este siglo. Cuando hablamos de pensar desde la comunicación nos

referimos a posicionarnos desde un campo de saberes que atiende a los interrogantes sobre las prácticas, sobre lo político y, por supuesto, sobre el poder.

Si rememoramos los antecedentes que nos trajeron a este momento presente, encontramos acciones políticas, investigaciones, propuestas educativas y de extensión que se interrelacionan con un contexto legislativo propicio para contribuir al crecimiento de un tema incipiente en articulación con nuevas inquietudes de investigación y demandas estudiantiles por problemáticas que salían del confín privado para habitar la conversación pública. Podemos mencionar, entre algunos de los hitos significativos, el inicio del Seminario optativo en comunicación y género en 2008 que dio lugar al Centro de extensión en Comunicación y género. En este espacio se desarrolló el primer observatorio de medios con perspectiva de género de la Universidad y fue inspirador de otros que se iniciaron en otras Universidades del país. Sus objetivos estaban vinculados a revisar los modos en que los diarios locales y nacionales construían estereotipos en las noticias que publicaban. Hoy este espacio se fue reconfigurando a partir de las preguntas de investigación y prácticas propias del desarrollo temático y es el Laboratorio de género y comunicación.

Ese mismo año, el Consejo Directivo de la Facultad resolvió reconocer el respeto por el derecho a la identidad de género, lo que permitió que la comunidad educativa pudiera ser nombrada y reconocida según su autopercepción. Este hecho se anticipó a la ley de Identidad de género, marcando que hablar de comunicación y género es también hablar de derechos. En 2010, nos pronunciamos en el Consejo Superior de la UNLP a favor de un cambio en la legislación nacional para despenalizar la interrupción de embarazos, legalizando el aborto seguro y gratuito. El mismo día en que se reglamentó la Ley de identidad de género, en 2012, la Facultad anunció que los baños ya no tendrían marcación de género, decisión que se convirtió en una noticia nacional. El acto fue tildado en la prensa nacional de “polémico” en lugar de reconocer el carácter de garantía de derechos que

revestía la medida. En 2013 creamos la Especialización en Comunicación Social, Periodismo y Género, y también comenzamos un ciclo de Escuelas Populares de Género que continúan en la actualidad. Esta recopilación la señalamos para mostrar las múltiples vías que existen en la discusión política y teórica que requiere abordar el campo y la necesidad de investigar, escuchar, actualizar y proponer desde un campo dinámico y potente como es la comunicación

Durante esos mismos años, podemos registrar la sanción de un cuerpo de leyes que se interrelacionan desde la mirada de género: la sanción de la ley de matrimonio igualitario (2010), la ley de identidad de género (2012), la ley para prevenir, erradicar y sancionar la violencia por razones de género (2009), la ley de medios que tipifica la violencia simbólica (2009), la ley de educación sexual integral (2006) que garantiza una educación basada en la mirada cultural de la sexualidad para todos los niveles educativos. Si bien la existencia de estos textos legislativos no es sinónimo de transformaciones en las prácticas y las tramas culturales, sí son marcos de derechos más amplios que otorgan un reconocimiento y se constituyen como herramientas para reclamar y construir un mundo más justo.

Desde la construcción de aquel interrogante inicial en torno a los estereotipos en los medios de comunicación a este presente con múltiples líneas de investigación, extensión y docencia hemos recorrido un camino que demuestra que la articulación género y comunicación es un tema en ciernes.

Cuando comenzamos a revisar las teorías críticas de género sobre la comunicación nos encontramos con la necesidad de recuperar los aportes de otras disciplinas que nos permitieran pensar las especificidades del escenario local. Así, los aportes de estudios de género en antropología, psicología, historia, economía, sociología, han sido sustantivos para analizar las prácticas y las mediaciones culturales desde una mirada de género.

Repetimos en cada clase de la Facultad de Periodismo, problematizar la comunicación es mucho más que analizar los medios de

comunicación; así como también el género supera la pregunta por el lenguaje inclusivo. Nos impulsa, en cambio, el propósito permanente de elaborar teorías que ubiquen interrogantes y nuevas palabras en donde antes había silencio u omisión. Nos preocupa construir teorías con interrogantes en torno al poder, las subjetividades, las relaciones sociales e institucionales, la potencia de las palabras y los modos de describir y habitar los textos.

Hablar es crear presentes

La pregunta por el género es una pregunta por la identidad, pero también una pregunta por los modos en los que se organiza el poder, los lugares que nos permitimos y nos permiten ocupar en el sistema político patriarcal en que transcurren las instituciones que habitamos. Desde la comunicación abordamos las representaciones culturales de género como un efecto del sistema político patriarcal que se reproduce en la performance del lenguaje y en la cultura.

¿A través de qué mecanismos nos construimos? ¿Nos construimos individualmente o en comunidad? Teresa de Lauretis, referente de los estudios queer, nos aporta el concepto de tecnologías de género para pensar los dispositivos a través de los cuales se moldean los roles de género. Las instituciones tradicionales como la escuela y la familia pueden pensarse como tecnologías de género dado que a través de sus discursos se normalizan comportamientos, actitudes, modos de vestir, formas de relacionarse, etc. Los centros culturales y museos, también pueden pensarse como tecnologías de género.

¿Cómo se construye el género a partir del discurso de las instituciones? De Lauretis señala:

El sistema sexo-género, en suma, es tanto una construcción sociocultural como un aparato semiótico, un sistema de representación que asigna significado (identidad, valor,

prestigio, ubicación en la jerarquía social, etc.) a los individuos en la sociedad. Si las representaciones de género son posiciones sociales que conllevan diferentes significados, entonces, para alguien ser representado y representarse como varón o mujer implica asumir la totalidad de los efectos de esos significados. Así, la proposición que afirma que la representación de género es su construcción, siendo cada término a la vez el producto y el proceso del otro, puede ser reformulada más exactamente: la construcción del género es tanto el producto como el proceso de su representación (1996, p.6).

Los estereotipos mencionados aportan a la construcción de sentidos encadenados que dan valor a todo lo que encarnamos al asumir una identidad: la marica, la torta, la machona, la mujer del hogar. Todos esos sentidos, que van cambiando con el tiempo, aunque muy paulatinamente, están presentes de maneras sutiles en las muestras de arte, en las publicidades, en las conversaciones cotidianas, en las noticias, en las clases que damos, en las canciones que cantamos, en el modo de relacionarnos. Están presentes porque la matriz es el proyecto patriarcal en el marco del cual también hay rupturas y combinaciones poéticas que permiten transformaciones sociales.

Judith Butler, filósofa estadounidense, también parte de pensar que el género se construye en el lenguaje. Su argumentación reconoce que existe una diferencia biológica de sexos en términos anatómicos, pero que la desigualdad sobre esa diferencia es una construcción. Uno de sus principales aportes es la noción de que la identidad de género es un concepto performativo que está en construcción permanente (2001).

La performatividad en el lenguaje es constitutiva del modo en que leemos al mundo y somos leídos. Aquello que no se nombra no existe. Así como los estudios de género han ido señalando los silencios, las vacancias en las disciplinas científicas, a través del habla repro-

ducimos esta operación en la cotidianeidad. Apropiarnos de otros modos de hablar y nombrarnos es un desafío que debemos asumir si queremos interpelar. Es parte de reconocer las individualidades y las diversidades. El género, efecto patriarcal, cumple una función estructurante de la vida social y el lenguaje es el vértice en el que el poder actúa en la producción y circulación de los discursos sociales. El lenguaje no es un reflejo especular o una mera representación de lo real y detenta la poderosa cualidad de formar los objetos que designa, es por ello que hablamos de producción sociodiscursiva del género.

Podemos mencionar también que, en el momento de nuestra formación, comienzos de los 90, la literatura sobre género y sexualidad constituía un campo específico. Consideremos además que los medios periodísticos digitales, internet y las demás plataformas sociales mediante las que ahora estamos construyendo este proceso de formación, aún no existían ni eran de fácil acceso en nuestra región.

Las publicaciones de diarios y revistas eran solamente en papel, de modo que no era tan fácil crear comunidad para discutir una tapa misógina o la naturalización de una mesa de varones discutiendo sobre los problemas del mundo. Las recurrencias en los modos de nombrarnos pasaban más desapercibidas que ahora, con la masividad de las imágenes y también con la posibilidad de tomar la palabra para construir mensajes que nos proporcionan las nuevas tecnologías.

Durante nuestra formación como comunicadoras, el género no fue una pregunta transversal ni permanente, más bien fue una variable aleatoria vinculada a intereses y sufrimientos propios y, a veces, humillantes y secretos. Hoy, en cambio, desde la comunicación como campo académico y político se da enorme visibilidad a partir de la impugnación de algunos discursos y la promoción de nuevas retóricas luchadas por la iniciativa académica y política de muchas que no nos conformamos con sentidos universales y creíamos que el campo debía hacerse nuevas preguntas.

La discusión en las aulas, la conversación, las inquietudes formuladas también al calor de la calle y los activismos, el malestar con-

tenido por el estado de las cosas para las mujeres impactó y a la vez modeló la formación de comunicadoras y comunicadores feministas.

Cuando hablamos de comunicación y género no nos referimos únicamente a los temas vinculados a la violencia efectiva que ocurrió y ocurre contra las mujeres y las sexualidades no binarias. Una de las preguntas con la que venimos reescribiendo es cómo des-asociar el género a un problema específico de un grupo de personas a quienes supuestamente esta problemática la atraviesa: las mujeres, las, los y les trans, los gays y toda la amplia diáspora de sexualidades no binarias o que no se nombran. Es una tarea constante identificar el discurso patriarcal que jerarquiza, domina, obliga y naturaliza las violencias contra las mujeres y las diversidades. La comunicación y el género tienen por objetivo nombrar lo oculto, historizar y fundamentar las pautas que se repiten, comprender los mandatos de violencia, de masculinidad y cómo estos orientan proyectos de vida.

Las lecturas presentes sobre el pasado y las lecturas hechas en otro tiempo han ubicado como minoría a todas las identidades femeninas. En consecuencia, los atributos de saber, de poder, de valor, nos fueron negados durante siglos. Es por ello que hablar de género es hablar de un sistema que disciplina y distribuye relaciones primarias de poder. Sin embargo, la biografía de cada quien está signada por su asignación de sexo al nacer, su sexualidad y su autoidentificación. Pensar el género es pensar las dinámicas de un conjunto social, no solamente de un grupo reducido de personas. En ese sentido se hace fundamental el aporte de la antropóloga argentina, Rita Segato que, desde profundas investigaciones que cruzan género, patriarcado, raza y colonialidad del poder, nos indica que en América Latina no podemos adaptar categorías de un feminismo blanco y creado en otro concepto de Estado nación, sino que, por el contrario, estamos atravesadas por el racismo que la colonialidad del poder creó como sistema clasificatorio de cuerpos y jerarquías con el fin de extraer valor.

Género y comunicación: una historia propia

En la comunicación se expresan y hacen tangibles, no solamente los modos de decir, sino de describir, construir, nombrar, enfocar la cámara, mostrar un cuerpo que ha sido depredado. Son estos actos comunicativos, estas performances permanentes que reproducen la violencia machista, las que necesitan ser desarmadas, explicadas y vueltas a nombrar. Es imperioso elaborar otras explicaciones que desnaturalizan el lugar común, pero que también enseñen o propicien la construcción de nuevas retóricas, nuevos modos de contar, de imaginar y de retratar el mundo.

Pensaremos la comunicación como la trama social de sentidos que está presente en nuestras prácticas, en nuestros discursos, en los medios de comunicación y en los procesos educativos. De esta manera, partiremos de la urgencia de rehacer la comunicación que, como plataforma de construcción social de sentidos, crea e instauro discursos, asigna roles y jerarquiza los cuerpos y enseña los niveles de abuso posible a cada uno de ellos. Esta pedagogía ocurre a partir de diferentes discursos morales, religiosos, económicos y de la violencia machista.

Como mencionamos al comienzo, la apuesta por la producción de conocimiento en el enclave de comunicación y género es reciente en nuestro país. Hace unos años, si se mencionaba la palabra “género” era inmediatamente asociada a la clasificación de textos, o incluso a algún tipo de tela. Hace una década, impartir un seminario sobre género y comunicación era interpretado como un seminario de *géneros periodísticos* y comunicación. Hoy se habla de género en diversos ámbitos y su estudio se ha institucionalizado, aunque prevalecen en el sentido común mitos en torno a la temática.

Para revisar los aportes que una crítica de género puede hacerle a la comunicación comenzaremos subrayando que cada vez que nos referimos al género hablamos desde un discurso no naturalista, no consideramos que esté determinado por nuestra condición biológica anatómica. Salir del discurso naturalista, nos permite pensar que si

el género es una construcción histórica y cultural también lo son los roles de género. Entonces, cada vez que decimos género no nos referimos a la determinación genetal biológica, tampoco a las mujeres. Cuestión que también nos permite despatologizar las sexualidades no binarias y la amplia diáspora de sexualidades, incluso aquellas que gustan de indefinirse, y las que han buscado o construido palabras para hacerlo. Una mirada de comunicación y género no naturalista se enfoca en cómo son nombradas y descritas las feminidades, las masculinidades, las sexualidades no binarias, las identidades trans, quiénes son descritas y omitidas, quiénes hablan y quiénes son hablados.

Cuando hablamos de género, hablamos de una construcción histórica, y también de la performatividad de los cuerpos. Hablamos de cómo las mujeres y todas las formas no binarias de vivir las sexualidades han sido objetivo de las violencias y del disciplinamiento discursivo religioso, colonial, económico y político: todo el mundo tiene que algo que decir respecto a cómo debe ser una mujer o cómo deben ser sus preocupaciones, sentimientos, aflicciones. Y también miramos qué nuevas maneras de decir emergen y desestabilizan las descripciones de la sexualidad.

Género y comunicación nos interpelan con nociones que aportan más elementos para releer nuestras biografías. Es probable que cada quién recuerde un momento específico en su historia de vida en que descubrió que su género era una información importante: había actividades que podía hacer y cosas que no. En la vida cotidiana, todos los días el género define oportunidades, responsabilidades, formas de sentir, modos de relacionarse, subjetividades. Pero, además, construye y reproduce mandatos sociales construidos y reproducidos en y por la educación, la familia, los medios de comunicación y otros ámbitos sociales.

Uno de los aportes de la comunicación es que invita a desnaturalizar. Es decir, propone que nos cuestionemos si aquello que se nombra de este modo, podría nombrarse de otro modo. Desnaturalizar el sentido común, para observar qué juegos, qué fuerzas, qué lucha de

intereses hay detrás de ese modo de nombrar, y, si es que podría ser nombrado de otra manera.

Construir una comunicación desde la perspectiva de género, es también cuestionar lo aparentemente neutro del lenguaje y las visiones generalistas del mundo. Es hacer tangible el carácter ideológico y político del lenguaje y, en esa operación, reconocerlo como una intervención atravesada por el poder. Por ejemplo, cuando pensamos en la palabra “familia” ¿qué imagen de familia se representa? Si le pedimos a un grupo grande de personas que dibuje una familia, probablemente la mayoría de las representaciones será una imagen de la familia heterocis. Traslademos esta pregunta a la ciencia y veremos que, hasta hace poco tiempo, en las revistas para niños se representaba al científico como un señor loco, un poco despeinado, con un guardapolvo, etcétera. Las mujeres éramos maestras, los varones científicos y todas las otras formas de identidad eran invisibles. Todavía en los titulares de los diarios aparece la ciencia como algo neutro que está por fuera de las intervenciones subjetivas.

Hoy sabemos, a partir de los aportes de la epistemología feminista, que también los recortes para configurar el objeto de estudio se hacen desde una perspectiva, y si esa perspectiva es patriarcal, también la producción científica lo será.

Las posiciones en la academia reproducen roles de la vida cotidiana. Quiénes son las personas que están a cargo de las tareas de cuidado, quién tiene más habilitación para ocupar cargos, para pronunciar la palabra. Que nuestra palabra sea escuchada, que nuestra palabra adquiera categoría científica también ha sido una conquista de los feminismos. Por esto decimos que la comunicación desde el género nos ayuda a dejar naturalizar lo neutro y esto puede aplicarse a todo: a cómo construimos la historia, quiénes son los próceres que citamos para una efeméride, a cómo pensamos la constitución de objetos científicos, a la palabra de quien citamos o entrevistamos para validar una idea.

Desarrollar la comunicación desde el género también nos aporta la posibilidad de crear. Comenzamos a estar frente a temas, producciones y lenguajes emergentes. Las generaciones más recientes toman el espacio público para contar lo que les pasa y lo hacen de otro modo. Esas son las nuevas retóricas que puján también por ubicar su palabra en esta disputa simbólica por el poder.

Un lugar en la academia

El género ha ocupado un lugar marginal y específico en la academia y, a la vez, tal como señala Segato, en América Latina los feminismos salieron de las Universidades y desde allí interpelan a los diferentes movimientos sociales y organizaciones populares que ya tenían otras reflexiones para articular y destituir la idea de que hay un solo feminismo.

Como apunta Joan Scott en *El género: una categoría útil para el análisis histórico* no podemos pensar una teoría social sin tener en cuenta la dimensión de género. Es decir, además de los estudios sobre la sexualidad, y sobre las mujeres, el concepto de género no ha sido una referencia en el ámbito académico para interpretar la historia. Al argumentar su posicionamiento, la autora plantea:

Según las apariencias, la guerra, la diplomacia y la alta política no han tenido que ver explícitamente con estas relaciones, el género parece no aplicarse a ellas y por tanto continúa siendo irrelevante para el pensamiento de historiadores interesados en temas de política y poder”. (Scott, 1996, s/p).

Con frecuencia, hablar de género produce una interpelación directa. Se constituye como una provocación al orden establecido, que redundará en que las feministas sean tildadas de feminazis, salvajes,

violentas, extremistas, intolerantes. Lo gay aparece como lo extravagante, colorido, promiscuo, incomprendido. Así, el etiquetado cultural pervive en el sentido común a pesar de las transformaciones en los avances normativos y en los discursos públicos.

El trabajo que citamos de Joan Scott fue publicado en 1986 y durante estos 35 años podemos reconocer el aporte de muchas feministas para la construcción de una historia que no desconozca las relaciones de género para hablar de relaciones de poder. En Argentina, Dora Barrancos historiadora y militante por las mujeres en la ciencia, Diana Maffia, Ana Fernández, María Luisa Femenías, y otras tantas cuyos nombres tal vez desconocemos y a las que debemos reconocer su trabajo pionero y sostenido, brindando colosales aportes al campo científico.

¿Es posible una Universidad transfeminista?

Llevamos décadas señalando la exclusión, haciendo preguntas por el techo de cristal, por los fundamentos religiosos y políticos que sustentan la subalternidad femenina (Cremona y Gariglio, 2018), exponiendo y transformando las leyes que efectivamente no nos permitían acceder a contratos civiles, divorcios, herencias y voto para elegir autoridades nacionales (Barrancos, 2007). El trabajo incansable y persistente de denuncias contra la discriminación nos dice que ahora, en el siglo XXI, las violencias no son únicamente formas de opresión física y emocional sino modos de producir pensamiento y ocupación del espacio académico en todos sus estamentos (Maffia, 2007; Cremona y Gariglio, 2020).

Si profundizamos la pregunta sobre si se podría vivir de otra manera, se amplía nuestro horizonte y nuestra voluntad de participación para construir mejores formas de estar en el mundo y reinventar retóricas que describen experiencias nunca antes contadas o clandestinas. Nuestro primer paso siempre ha sido reconocer la posición

subalterna de las mujeres en la Universidad argentina desde que se ha creado, cuantificar la lucha y la obra académica empleada en defender la propia vida, y promover la creación de nuevas formas de hacer ciencia y tecnología.

No pretendemos, ni podríamos hacer una revisión historiográfica de las mujeres en la Universidad, pero sí una lectura actual desde la Universidad pública para compartir los intersticios en los que advertir los desafíos y emergentes de este plan de desentramar la violencia que implica una idea genérica de ciencia, de graduado, de egresados y de teoría.

El desafío es aportar una construcción política desde las Universidades que implosione las visiones androcéntricas y colmadas de un mundo simbólico heteronormado, para seguir reclamando transformaciones desde un pensamiento situado y desde una pedagogía de la deconstrucción de la subjetividad patriarcal que se ha configurado vulnerando la multiplicidad y diversidad de existencias, cuerpos e identidades que somos.

Sabemos que las disrupciones nacieron en este patriarcado compulsivo y que los prejuicios desfavorecedores de las feminidades y las sexualidades no normadas o disidentes habitan, no sólo los pasillos virtuales o reales, sino también, los modos de producir conocimiento. La noción de producción intelectual original, de científico con el tiempo para codificar libros y pensar de manera aislada del mundo es profundamente no feminista e impopular. Omite las nociones de autocuidado y cuidado que recaen sobre nosotras, además de las formaciones muchas veces *sui generis* por las que vamos colando la vida. Escribir y reescribir sobre nuestra historia en el campo intelectual es un trabajo ingente. Intervenir los modos de pensar las currículas, las clases, la bibliografía, para hacer una Universidad transfeminista hecha por los aportes emancipatorios que brindan para pensar el poder, los estudios de género y los movimientos feministas y trans, y a la vez, que evidencien las actuales, rancias y sostenidas formas de privilegio. Estamos haciendo de la cuestión de género un puente para aportar a

la construcción de otra historia. Sabemos que la ciencia y la producción de conocimiento han tenido un lugar fundamental en el relato de mundo oficial y ese relato ha sido planificadamente macho, heterosexual, blanco, letrado, binario, colonial. Una comunicación desde el género tiene que ser una categoría que nos permita aportar a la construcción de una ciencia, una Universidad y una historia propia, popular, feminista, diversa.

Nuestra Universidad habilitó la posibilidad del encuentro en su patio y en sus espacios para el último Encuentro Plurinacional de Mujeres, Lesbianas, Travestis, Trans, Intersexuales, Bisexuales y No Binaries presencial que tuvimos en octubre de 2019. Muchos de estos temas fueron traídos por nuestros estudiantes y docentes: sacamos del confinamiento de la privacidad los temas prohibidos: la bisexualidad, lo queer, el aborto, la asexualidad, la prostitución, el mandato de masculinidad. y otras inquisiciones que nos llevaron a construir teorías, preguntas y prácticas desestabilizadoras y creativas. Una subjetividad nueva se va formando en nuestro estudiantado, conscientes de sus derechos de género, activos en señalar pactos rancios y excluyentes, y vivaces en las propuestas narrativas propias de este tiempo. Nos debemos, y tal vez ya lo estemos haciendo, un debate sincero y emocional respecto de cómo construir un presente continuado que nos lleve al futuro que les pibes y nosotras queremos transitar en la Universidad. Qué nuevas teorías y formas de vida podemos crear a partir del reconocimiento nodal de un debate que fue marginalizado y negado como es el debate feminista de la ciencia atravesado por la raza y la posición colonial de nuestras casas de estudios. Como Universidad nos debemos el compromiso permanente de crear teorías científicas dónde antes había silencios, a partir de ellos, y diseñar futuros yendo a buscar a quienes todavía no se atreven a cruzar con sus inquietudes las puertas imaginarias del prestigio.

Referencias bibliográficas

- Barrancos, D. (2007) *Mujeres en la Sociedad Argentina. Una historia de cinco siglos*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana.
- Butler, J. (2001). *El género en disputa*. Paidós, España
- Cremona, F. (2013). “¿De qué hablamos cuando hablamos de género? El género en la comunicación cotidiana, una articulación indispensable para la transformación social”. En Rosales, P. O.; Jorge, E. J. y D’ugo, J. A. (Coord.) *Discapacidad, justicia y Estado*. Programa nacional de asistencia para personas con discapacidad en sus relaciones con la administración de justicia ADAJUS, Buenos Aires.
- Cremona, M. F. y Gariglio, R. (2018). “Lo que el Congreso nos dejó: El mito de la Argentina laica y la tutela de los cuerpos gestantes. Notas para pensar los emergentes luego de la discusión del aborto”. *Actas de Periodismo y Comunicación*, 4(2), (s/p). <https://perio.unlp.edu.ar/ojs/index.php/actas/article/view/5500>
- (2020). “Comunicación/educación desde una epistemología de género”. En Valdivia, P. y Del Valle Rojas, C. (Dir). *Leyendo el tejido social. Análisis discursivo y retórica cultural en el sur global* (pp. 101-120). Santiago de Chile: University of Groningen Press y Universidad de la Frontera.
- De Lauretis, T. (1996). “La tecnología del género”. *Mora*, (2), 6-34. Recuperado de: http://blogs.fad.unam.mx/asignatura/adriana_raggi/wp-content/uploads/2013/12/tecnologias-del-genero-teresa-de-lauretis.pdf
- Fernández, A. M. (1993). *La mujer de la ilusión: pactos y contratos entre hombres y mujeres*. Buenos Aires: Paidós.
- Maffía, D. (2007). “Epistemología feminista: la subversión semiótica de las mujeres en la ciencia”. *Revista venezolana de estudios de la mujer*. 12(28), (s/p)

- Scott, J. (1996). “El género, una categoría útil para el análisis histórico”. En, Lamas, M. (Comp.) *El género: la construcción cultural de la diferencia sexual*. México: PUEG-UNAN Ángel Porrúa.
- Segato, R. (2010). *Estructuras elementales de la violencia*. Buenos Aires: Prometeo.
- (2015). *La crítica de la colonialidad en ocho ensayos. Y una antropología por demanda*. Buenos Aires: Prometeo.
- (2018). *Contra-pedagogías de la crueldad*. Buenos Aires: Prometeo.
- Valencia, S. (2015). “Del queer al cuir”. En Morales Carrasco, R. y Lanuza, F. (coords.) *Políticas de lo irreal*, (19-37). México, Universidad Autónoma de Querétaro: Editorial Fontama.

SopORTE audiovisual

- Seminario de Género e Ingreso Universitario (2020, diciembre 18). Clase 6. Dra. Florencia Cremona. YouTube. <https://youtu.be/5mlgHJLGjhg>
- (2020, diciembre 18). Clase 6. Diálogo Florencia Cremona – Rocio Gariglio. YouTube. <https://youtu.be/dCZMPe2LSoc>